

# Los retos de la democracia después de la pandemia: una reflexión<sup>1</sup>

Lucia Picarella

Ph.D. en Teoría e Historia de las Instituciones Políticas Comparadas de la Universidad de Salerno (Italia), donde obtuvo también el Post-Doctorado en ámbito politológico. Politóloga de la misma Universidad, ha desarrollado actividades de especialización y de investigación en la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona, España), y estuvo vinculada como profesora de Ciencia Política y de Ciencia de la Administración en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Salerno. Investigadora Senior, desde 2013 es profesora titular de Ciencia Política y de Instituciones Políticas Comparadas en la Maestría Internacional en Ciencias Políticas (convenio internacional Universidad Católica de Colombia-Universidad de Salerno). Profesora invitada y conferencista en diferentes universidades y congresos nacionales e internacionales, es autora de numerosos artículos científicos y monografías, es *editor in chief* de revistas indexadas a nivel internacional y colecciones de libros; es colegiada honoraria del Colegio Colombiano de Juristas. Correo: [lpicarella@ucatolica.edu.co](mailto:lpicarella@ucatolica.edu.co)

---

<sup>1</sup> El presente documento, es una versión ampliada y actualizada de la ponencia presentada en el Foro “Pandemia y Humanismo: una mirada desde la sociología”, Universidad Popular del Cesar, 5 de junio de 2020.

La pandemia ha evidentemente destacado la larga cadena de fracasos acumulados por nuestros sistemas políticos, exacerbando discrasias que, con ella, han llegado a la punta del *iceberg*, pero que sin lugar a dudas ya eran preexistentes. Desde hace tiempo, los expertos de transformaciones democráticas estuvimos subrayando el peligro de una ‘contaminación’ de nuestros sistemas políticos, concretada en una estructuración del poder real cada vez menos anclada a los ideales y valores democráticos, es decir igualdad/participación/colegialidad, y cada vez más caracterizada por involuciones fundadas sobre verticalización a costa de la colegialidad, antinomias en materia de pesos y contrapesos, híper/presidencialismo y liderización de la política, superposición política/justicia; pobreza extrema, desigualdades, corrupción, apatía política, polarización etc. Elementos que, sin dudas, se han mezclado a desafíos cada vez más sutiles y de difícil resolución, como por ejemplo cambio climático, terrorismo, biotecnologías etc., y han sido cristalizados en ‘modelos’ mediante la acción de ‘distracción de masas’, actuada por una forma de comunicación propagandista tendiente a eliminar la capacidad de pensamiento crítico y, por ende, crear un vacío en el cual insertar las antinomias mencionadas. En este sentido, nuestro tiempo histórico ha sido caracterizado por el mito del poder, de la conquista del mundo por parte de los llamados *self made man*, por un individualismo autárquico (o sea, cerrado en sí mismo, y que mide el valor humano sobre la capacidad adquisitiva de riqueza material), por una competición extrema: sin lugar a duda, este modelo –transformado y perfeccionado en nuestra normalidad existencial por parte de las visiones capitalistas más radicales – colapsa bajo los golpes de la pandemia, que sin embargo se presenta como una ocasión histórica para entender cuántos derechos, libertades, dignidad hemos perdido como humanidad por arrodillarnos a este seductor artificio en el cual nos hemos narcotizado, anteponiéndolo al bien común. ¿Cómo salir entonces de esta efímera artificialidad?

A través de un cambio que, incontestablemente, será complejo, porque abarcará todos los sectores de nuestra vida, de lo político a lo económico, de lo social a lo emocional, y será total, porque definitivamente se necesita mover hacia lo que, ya en otras ocasiones, hemos definido como una transformación radical de nuestras democracias. En esta perspectiva, por supuesto, no tenemos la receta mágica, pero como intelectuales tenemos el deber de

alimentar la reflexión sobre unas variables nucleares, que podrían favorecer este cambio, y mediante las cuales poder *repensarnos* como humanidad, y *renacer* como democracias.

En tiempos de fuertes crisis, emergencias e incertidumbres, se pueden amplificar recelo al otro, miedo, odio, sentimientos que representan la zona de confort de caudillismos y degeneraciones autoritarias, y que debemos enfrentar contraponiéndoles una visión de vida comunitaria y participante socio-políticamente, porque justamente el sentido de comunidad será la fuerza motriz instituyente un nuevo camino democrático, fundado sobre un nuevo humanismo – y más bien su eje social - enraizado en valores como solidaridad, la empatía y la igualdad. Serán justamente estos valores, que nos permitirán convertir la crisis en una oportunidad de renacer, ya que permitirán contrarrestar, antes que todo, el riesgo ahora tan presente en todo el mundo, de caer en involuciones no democráticas, ya que, con el pretexto de contener la pandemia, estamos asistiendo a la peligrosa autoproclamación de poderes extraordinarios (en Israel, en Hungría, en la India, así como muy peligrosa la ruta que está tomando Brasil), y, de manera general, a la imposición de controles y fuertes restricciones en materia de libertades y derechos. Evidentemente, hay que ser puntuales en las reflexiones, y si cuanto se acaba de decir es cierto, por el otro lado no hay que olvidar que hablar y teorizar sobre las libertades y los derechos, requiere la búsqueda de puntos de equilibrios, porque si asumimos la suprema tutela de las libertades individuales, y, por supuesto, reconocemos a nuestros Estados el papel de proteger nuestras vidas y tutelar el bienestar ciudadano, entonces en un momento de extrema crisis como la actual, nuestros gobiernos deben poder disponer medidas necesarias y hacerlas respetar. Pero, en este preciso momento, se inserta el elemento diferencial, ya que estas medidas deberán ser limitadas temporalmente a la resolución de la crisis, y acabarse con ella, sin embargo, sabemos que a estos niveles los confines son muy sutiles, se matizan y se disfrazan detrás especulaciones teórico -jurídicas y permanentes estados de excepciones.

¿Cómo enfrentar este riesgo? Hay que apoyar una fuerte resistencia democrática, cuyos gérmenes se registraron ya a final del año pasado, con las olas de protestas que cruzaron todo el mundo, pero que no lograron incidir para los fines de una redefinición político-institucional. Estas últimas semanas han destacado una reactivación de este activismo, de Hong Kong a Europa y América Latina, estallando en EE.UU., un ‘brote’ de efervescencia en el cual se mezclan reivindicaciones socio-económicas-sanitarias coyunturales que

clavan sus raíces en endémicas problemáticas estructurales de desigualdades, marginación, segregación y exclusión, y que por supuesto clavan sus raíces en la incapacidad de nuestras democracias de responder de manera contundente a las necesidades que desde hace décadas estaban fundamentando las reivindicaciones sociales. Este brote de activismo y participación crítica, alimenta el reconocimiento conjunto de las posibilidades de transformación, resistencia y crecimiento, o sea, de resiliencia. Claridad de las informaciones, flexibilidad y expresión emocional, colaboración solidaria e inteligencia colectiva promueven la resiliencia, y permiten su potenciación. Por ende, la construcción de una comunidad resiliente debe ser considerada como el punto de partida para una reconstrucción democrática pospandemia, aunque hay que subrayar la importancia en este sentido de las acciones humanitarias y solidarias que ya se han dado durante esta crisis, tanto a nivel internacional, por ejemplo los médicos cubanos en Italia en el momento más crítico del brote, como a nivel local, por ejemplo la interesante iniciativa “Primero la Vida... Primero la Gente”, que nace en Barranquilla y apuesta a ser un significativo ejemplo y esperanza de generar alternativas tangibles de resiliencia. La pandemia ha evidenciado la vulnerabilidad de nuestro sistema, pero el futuro nos impone la necesidad de volver en empezar justamente comenzando desde esta vulnerabilidad, convirtiéndolo en el elemento alrededor del cual repensar una nueva sociedad y por ende nuevos puntos de equilibrios, anclados a los valores anteriormente mencionados, ya que el humanismo debe representar justamente la piedra miliar de este repensarnos, debe convertirse en el gran reto de las democracias. La transformación será posible solo si logramos aprender de las lecciones que nos deja esta pandemia: es un reto posible, pero no cierto, ya que – como todas las situaciones de shock y crisis – la pandemia representa una ‘aceleración’ de la historia, que puede provocar cambios repentinos, algunos de los cuales podrán ser la concretización de procesos ya en curso desde tiempo, y que, sin dudas, en tiempo de normalidad habrían tomado décadas podrán ser ejecutados. Lo que nos espera en las próximas semanas puede empujarnos hacia un extremo u el otro del *continuum*, es decir, hacia una gatopardiana fusión de las estructuras existentes, o hacia una profunda reforma de las mismas. El análisis de estos cambios ha impulsado parte de la politología a retomar diferentes teorías, como por ejemplo el mecanismo de la ventana de Overton, o sea la paulatina secuencia dirigida a cambiar la percepción de la opinión pública, a través de

estrategias de manipulación comunicativa, para legalizar lo inconcebible: y sabemos, la legalidad nunca ha sido una cuestión de justicia, sino más bien de poder. Retomando rápidamente un análisis de Parsi, se plantean por lo menos tres escenarios futuros<sup>2</sup>: el primero, una restauración del orden preexistente, con una dinámica internacional fundada sobre el enfrentamiento China /EE.UU., la debilitación de la UE, mientras que a nivel nacional tendremos sistemas políticos tecnocráticos y de baja movilización. En general, en este escenario, el elemento humanista sería fuertemente comprimido por la necesidad de reavivar la hiper-globalización. El segundo modelo, dibuja un escenario de encierro y de fuerte nacionalismo, en el cual la globalización e interdependencia terminarán y dejarán lugar a intercambios cada vez más reducidos, habrá crisis fuerte de la UE, crecimiento de la fuerza de China y crisis de EE.UU., a nivel nacional tendremos sistemas políticos caudillistas, con altos niveles de movilización guiadas desde arriba (top-down). Por fin, el escenario más deseable, dibuja un sistema compatible a nivel nacional con una revitalización de la democracia y una interdependencia internacional más sólida, fundamental para reconciliar política y economía.

Ahora bien, trasladémonos del ámbito propiamente teórico al nivel de mecánica política, con el fin de empezar en reflexionar sobre las variables necesarias para este repensarnos, o sea, para impulsar el cambio y actuar en este sentido. De manera incontestable, hay que oponer a cualquier intento de control social difuso, la importancia de una inversión de ruta responsable, y un papel fundamental en este sentido lo jugamos desde la academia, para seguir alimentando este camino de resiliencia y activismo, para que la política se haga ‘síntesis’, y pueda oponer a las asimetrías coyunturales, una dinámica estructural humanista, porque la política es antes que todo una acción simbólica, es también gobierno de las emociones, ya que justamente introduce emociones y pasiones en la esfera pública. El momento que estamos viviendo, requiere antes que todo de responsabilidad: responsabilidad desde las ciencias sociales, desde nosotros como ciudadanos participantes, como comunidad, para guiar la política en su elección entre un sencillo maquillaje del pasado para disfrazarlo y venderlos como nuestro futuro, o moverse definitivamente hacia un nuevo paradigma. En esta perspectiva, el prerequisite fundamental es acabar con nuestra actitud de ser consumidores y usuarios de la democracia, y volver a ser ciudadanos,

---

<sup>2</sup> V. E. Parsi, *Vulnerabili: come la pandemia cambierà il mondo*, Piemme Molecole, 2020.

participativos y con conciencia crítica: una ‘disidencia’ que debe fundamentar la creación de un nuevo pacto social capaz de privilegiar el bien común. Pues, necesario se vuelve un nuevo llamado de atención a la academia, para que volvamos a ser ‘constructores de democracia y de paz’.

Esta acción de renacimiento democrático, humanista y resiliente, debería aglutinarse alrededor de unos pilares.

A nivel de valores:

1. Creatividad ‘revolucionaria’: hay que replantear nuestros modelos, poniendo en el centro la vida, en lugar de la finanza y de sus reglas.
2. Solidaridad y empatía: estos valores serán las guías que deben permear todas las acciones y estrategias políticas, económica, sociales etc., permitiendo coagular el tejido social. O sea, nuestros sistemas políticos deben plasmarse desde ya mediante justicia social y redistribución de la riqueza, porque por supuesto hasta que no hay justicia, jamás podemos imaginar tener paz.
3. Sentido de comunidad: es fundamental desarrollar una conciencia común para la construcción de lo que podríamos definir como de una “economía para la vida”.

¿Hacia cual modelo nos llevaran estos valores a nivel de praxis y mecánica política?

- Antes que todo, hay que tener claro que el camino debe impulsar hacia una nueva paz democrática, y sabemos que para que haya paz, necesitamos verdad, justicia, amor, memoria histórica, perdón y reconciliación. El camino entonces deberá fundarse sobre el dialogo y el encuentro, para reconstruir una ‘democracia cultural’, fundada sobre la valoración e inclusión de las peculiaridades e diferencias, elementos reconocidos como fuertemente subversivos por las élites que quieren homologarnos para mantener el control, y sobre la cual insertar una nueva ‘diplomacia cultural’, ya que es justamente mediante el intercambio de ideas y valores, o sea, compartiendo cultura en todas sus expresiones y manifestaciones, que podemos promover este dialogo, valorar las identidades, fortalecer la comprensión y la integración entre los pueblos. Justamente la cultura, nos hará empáticos, resilientes, unidos como humanidad, ya que siempre seguiremos convencidos que tiene muchos más poder una sola hoja escrita, que cien hombres armados.

¿Y entonces, cual serían las variables que podrían apoyar este camino?

1. Democracia social: fortalecer salud, educación, pensión pública; seguridad y soberanía alimentaria y en materia de vivienda, igualdad de género. O sea, reducir hasta eliminar las brechas y desigualdades en estos ámbitos. La pandemia puede ser definida como un marcador de las desigualdades, que ha arrodillado grandes potencias y sistemas como Italia, cuyo sistema de salud pública era considerado entre los mejores en el mundo, mostrando nuestra equivocación, es decir las políticas de los últimos treinta años dirigidas a la privatización y desmantelamiento del Estado de bienestar, que han golpeado duramente el sistema de salud público; desigualdades que adquieren rasgos dramáticos en consideración de los sectores más pobres y emarginados en sistemas como el americano, donde la salud sigue siendo un negocio privado.
2. Economía solidaria: necesitamos de un sistema económico planificado, sostenible, equitativo, cooperativo y solidario. Los bienes estratégicos no se pueden privatizar, ya que esto quiebra el principio de garantizar y tutelar, antes que todo, la vida y la dignidad humana. Hasta que las ganancias se siguen privatizando, y las pérdidas se siguen compartiendo, no lograremos empujar hasta una nivelación de las desigualdades, ya que, a la inversa, seguiremos apoyando modelos económicos que se basan sobre la ampliación-cada vez más fuerte – de estas brechas.
3. Medio ambiente: la vida social y el desarrollo económico e industrial necesariamente deben ser compatibles con el medio ambiente, ya que hasta que seguimos destruyendo, contaminando, gentrificando no será posible evolucionar como humanidad. Y América Latina presenta un elemento más, ya que es imposible en la región pensar a respuestas multilaterales y contundentes sin incorporar la visión de las comunidades indígenas, que han protegido desde siempre la Madre Tierra.
4. Compromiso de los movimientos sociales: hay que seguir democratizando la sociedad, es decir ampliar participación e inclusión. El compromiso de los movimientos sociales será fundamental, se necesita de una incesante acción de socialización de la resiliencia y de radicalización de los valores y estrategias mencionadas. El activismo y la participación, la efervescencia que conlleva con sus acciones, serán necesarias para la afirmación de la justicia social y ambiental, para retomar solidaridad, para intercambiar conocimientos y experiencias, para fundamentar el dialogo, para abrir nuevos espacios de participación y decisión democrática. Desde la teoría socio-politologica sobre movimientos, sabemos que

la característica de los movimientos sociales (para que no sea un sencillo evento aislado), es su capacidad de alimentar la acción colectiva, basada sobre la creación de redes sociales e institucionales. Por supuesto, una emergencia tiende en reducir nuestra creatividad, ya que hasta que haya miedo y desconfianza, es muy complicado estimular la esperanza, que es justamente el elemento que alimenta la acción colectiva. Pero, también es cierto que a menudo grandes movimientos y acciones sociales se han desarrollado propio en momentos de fuertes crisis y emergencias, ya que frente a la necesidad de un cambio – necesidad que está manifestando esta pandemia – los movimientos pueden actuar también con metodologías diferentes frente a las fuerzas tradicionales. En esta perspectiva, frente a la insuficiencia del estado y menos del mercado, los movimientos recrean y multiplican ligámenes, conformándose como grupos de apoyos para los más débiles, o sea, implementan resiliencia mediante la solidaridad. En segundo lugar, pueden actuar como medios para la elaboración de propuestas, utilizando no solo el conocimiento teórico estandarizados, sino fortaleciéndose mediante un elemento añadido, o sea la experiencia de los ciudadanos. Por lo tanto, de esta forma, el movimiento construye esferas públicas alternativas, permitiendo imaginar escenarios futuros. En este sentido, los movimientos sociales deberían aprovechar el vacío que se abre en los momentos de crisis, ya que la necesidad social de compartir lleva hacia a un reconocimiento de la acción por parte de la sociedad civil, y su involucramiento permite contrarrestar los riesgos de una instrumentalización de la crisis. De manera más técnica, y sobre la base de lo sintetizado, las acciones bottom-up podrían revolver la ventana de Overton, empoderarse de la misma y utilizarla para que sea la institucionalidad en consentir algo inaceptable, para las élites, en tiempos normales. La emergencia ha vislumbrado la importancia de los bienes públicos fundamentales, de la creación de un sistema universal de protección de la salud y de los trabajadores, o sea un sistema global de salud, así como de educación, de vivienda, de seguridad alimentaria etc, entendidos por fin como un bien público. Es decir, las crisis, aumentando las desigualdades y las especulaciones, pueden tener el efecto contrario de amplificar también la percepción de la importancia de un destino común, desafío colectivo que justamente el movimiento social debe impulsar, haciendo crecer la participación, y, por ende, la esperanza. Por supuesto, debemos ser conscientes de las viejas pero, sobre

todo, de las nuevas desigualdades e injusticias que hoy pueden derramar aún más. Por lo tanto, hay que activarnos y participar, articulando propuestas, saberes, trabajo.

5. Relaciones supranacionales e internacionales: deben fortalecerse y fundarse sobre el principio de solidaridad, ya basta anteponer las reglas de las grandes elites y de las grandes corporaciones a la vida. Como al comienzo mencionado, en el escenario más oscuro, la pandemia puede ser motivo para alimentar el odio, el enemigo externo y extranjero, y esto para fortalecer liderazgos autoritarios. Hay que oponer a este esquema un modelo pacifista, fundado sobre principios de subsidiaridad recíproca para la creación de protocolos regionales de acción y apoyo conjuntos.
6. Comunicación horizontal: los medios de comunicación y en particular los medios digitales, representan los ámbitos donde hoy en día se están haciendo las mayores inversiones por parte de grandes corporaciones y holding privadas, que, mediante la financiarización de las informaciones, siguen alimentando su propia fortuna. También en estos casos, siempre hay que tomar en cuenta la doble cara de la misma moneda, ya que si es cierta la importancia de los ecosistemas digitales para los fines de creación de nuevos espacios de participación democrática – de la primavera araba, que dio origen a esta formas de activismo digital, a los indignados, al M5S italiano que basa su éxito sobre formas de participación y comunicación no institucionalizadas, a los cacerolazos del año pasado-, la otra cara nos impulsa a considerar que, si no logramos entender el potencial de estos medios, alimentaremos una *bubble democracy*<sup>3</sup>, o sea una fragmentación de la opinión pública en burbujas altamente polarizadas, que fortalece una robotización masiva. También en este caso, podría ser fundamental la acción de los movimientos, para que desarrollen un enfoque proactivo de contrapoderes ciudadanos, o sea que empodere la ciudadanía /comunidad en términos de vigilancia, control, acceso a una información libre, transparente y alternativa, para que no seguimos siendo peones que hay que rellenar con los contenidos que quieren vender, para distraer la atención, ya que esta ‘desinformación sistémica’ es altamente nociva para la democracia.
7. Educación y cultura: se trata del eje básico para impulsar este nuevo humanismo como reto de las democracias después de la pandemia. Sin instrucción, sin cultura, sin memoria, sin identidad no lograremos alimentar esta ‘creatividad revolucionaria’ sobre la base de la cual

---

<sup>3</sup> D. Palano, *Bubble democracy. La fine del pubblico e la nuova polarizzazione*, SCHOLÉ, 2020.

enraizar esta visión para el futuro. Hasta que seguimos entendiendo la educación y la cultura como un negocio privado, nunca seremos libres: la educación es un derecho, que se debe garantizar de manera igualitaria para todos. Sin educación y cultura, no tendremos justicia, no tendremos inclusión, no tendremos paz, no tendremos política. No se trata de considerarlos como bienes para un consumo acrítico, esto empobrece un país: hay que buscar la profundidad ética de la importancia de la reflexión crítica y aquí, de nuevo, un llamado de atención a la academia, para que volvamos a las raíces más profundas del significado de la palabra cultura, que deriva de latín, cultivar. A esto deberíamos anhelar, a cultivar pensamiento y conciencia crítica, participación y reflexión, necesarios para oponerse a los artificios del adoctrinamiento y de la homologación. Bien es cierto que sin democracia no hay participación, pero el requisito para que haya participación es una ciudadanía activa, que no se puede articular sin educación, formación, cultura y conciencia crítica.

Se trata evidentemente de una visión compleja, ya que hay que poner en marcha esfuerzos, sinergias, capacidades, sueños, pasión e innovación... ¿pero si no somos visionarios ahora, cuando?